

Mil voces contestaron á la del valiente jóven.

—D. Juan—dijo el general:—El valor es una de las virtudes mas dignas de recompensa: el de vd. ha influido marcadamente en el buen éxito del combate; y yo, en nombre de la patria agradecida, le elevo al grado de capitan, tan justamente adquirido.

Y al decir esto colocó sobre sus hombros las dos presillas que corresponden al capitan.

El ejército entero aplaudió aquel rasgo de justicia, y el jóven oficial volvió á su campamento sediento de nuevos combates y nuevas glorias.

## CAPITULO V.

Continúa la Batalla de la Angostura.

Al cansancio de la larga jornada de aquel dia y á la fatiga de la sangrienta lucha, sostenida con admirable denuedo por una y otra parte, siguió una noche oscura, lluviosa y fria.

Los soldados, con la ropa mojada y atorridos de frio, pasaron la noche entera al vivac enfrente al enemigo, sin poder encontrar una hoguera para calentarse, por haberse prohibido por el general en jefe el que se hiciese lumbrada ninguna.

Todos sabian que la accion de aquel dia solo habia sido el preludio de la gran bata

prendente arrojo habia combatido pocas horas antes, entonces yacía sentado debajo de una peña, profundamente conmovido, y depositando algunas lágrimas en el retrato de una hermosa mujer que cubria de besos.

Era el retrato de su amorosa madre, que en aquel instante, sin duda, oraba triste y afligida por él al Hacedor Supremo.

Pero ¿dónde está su inseparable amigo Rafael?

¿Por qué no se le vé entre la oficialidad que recorre el campamento?

En vano se le buscaría ahora al lado de la débil tienda de la incógnita mujer.

Esta, por la vez primera, ignorando el sitio que él habia elegido para pasar la noche, habia colocado su cantina lejos de su alojamiento.

Sin embargo, antes de haberse resuelto á ello, le buscó disimuladamente por el campamento, dispuesta á descubrirle lo que tantas veces no se habia atrevido á revelar.

No hallándole en ninguna parte, preguntó por él á un soldado, quien le dijo que estaba ocupado en curar á los heridos.

—Le veré mañana, antes del combate;— dijo para sí la cantinera;— y pondré término á su tristeza y su inquietud. ¡Es tan bueno, que seria una crueldad ocultarle lo que le volverá la vida y la alegría!

Amaneció por fin el 23.

Las cornetas, los tambores y las músicas saludaron la aurora de aquel dia con marciales y animadoras dianas.

Todo el mundo estaba sobre las armas y dispuesto al combate.

El general Santa-Anna recorria á caballo el campo de batalla, y daba las disposiciones que juzgaba conducentes para alcanzar el triunfo.

La artillería habia roto sus fuegos; y al estampido del cañon, el espíritu del soldado se inflama en ardor bélico.

Las divisiones todas anhelaban el combate, y solo esperaban la señal para asaltar las formidables posiciones que guardaba el enemigo.

La misteriosa mujer de la cantina, despues de levantar su tienda, cruzaba por las

filas buscando con la vista al médico Rafael, afanosa por comunicarle algun secreto.

La infeliz temia que le alcanzase alguna bala que la llevase al sepulcro sin confiar al mas fiel de los amantes un asunto de la mas alta importancia para él, que solo vivia de amor y para el amor.

Pero su empeño fué inútil. Rafael se hallaba en aquel momento con la brigada del general Mejía, que pasó de la izquierda á la derecha del camino.

El combate comenzó por el cerro ganado la víspera, á precio de mucha sangre, y que los Norte-Americanos, conociendo su importancia, trataban de ocupar en aquel instante.

Terribles esfuerzos hicieron para conseguirlo; pero los cuerpos ligeros que lo defendian, consiguieron, como el dia anterior, quedar victoriosos de sus valientes enemigos.

A poco la batalla se generalizó.

Los soldados entraron en ella sin haber comido el rancho, sin haber alimentado sus cuerpos.

A las siete y media de la mañana ordenó el general Santa-Anna que se diese una carga sobre el enemigo.

La órden fué ejecutada con precision y arrojo.

Las tropas, formadas en batalla paralelamente, avanzaron como una muralla impenetrable, arrojando un nutrido fuego que llevaba la muerte á las filas contrarias. Por el camino, y á las órdenes del general D. Santiago Blanco, iba una columna compuesta de los batallones, Mixto de Tampico, Fijo de México, Zapadores, y un regimiento de húsares que ocupaba su izquierda. A la derecha de esta division marchaba la que formaba el centro de la línea, mandada por el general Lombardini; junto á ella se veía la del general Pacheco: seguías á poca distancia, pero inclinada á la derecha como sirviendo de reserva, la columna del general Ortega, mientras el 4º de línea, que habia ido á reforzar á los cuerpos ligeros, mandados por Ampudia, ayudaba á éstos á lanzar del pié del cerro á los Norte-Americanos.

La línea que el enemigo habia formado

era oblicua, así es que aun cuando las divisiones mexicanas marchaban, como se ha dicho, paralelamente, la columna del general Mejía, que avanzaba por el camino, empezó á recibir un nutrido y mortífero fuego de cañon, mucho antes de que llegasen las otras á poder ofender á sus contrarios.

Terribles fueron los estragos causados en aquel instante por los Norte-Americanos; pero los valientes soldados que sobre ellos iban, lejos de arredrarse por los claros que las balas de cañon dejaban en sus filas, continuaron avanzando con imperturbable serenidad, sedientos de luchar á la bayoneta para vengar la muerte de sus intrépidos compañeros.

Sin embargo, el fuego enemigo era certero y vivísimo; así es que el general Santa-Anna, conociendo que iba á sacrificar sin fruto la vida de aquellos héroes, dispuso que se detuvieran, abrigándose detras de una colina que podia defenderles de las baterías de los Norte-Americanos.

Mientras de esta manera combatian, las divisiones de los generales Pacheco y Lom-

bardini, que habian llegado á tiro de fusil del enemigo, rompieron un nutrido fuego sobre éste, que fué contestado con otro no menos vivo y mortífero.

Apenas se habia empeñado aquel terrible combate, cuando el general Lombardini recibió una honrosa herida que le obligó á retirarse de la lid, recayendo en el general Pérez el mando de su division.

El fuego que el enemigo hacia era tan certero y horroroso, que la tropa del general Pacheco, compuesta en su mayor parte de reclutas que oian por primera vez el silbido de las balas, sobrecojida de espanto, empezó á desbandarse sin escuchar la voz de sus oficiales que hacian esfuerzos inauditos por contener su desorden y dispersion. El general Pacheco, conociendo que el desaliento de su columna puede introducir la demoralizacion en las otras, habla á sus soldados en nombre de la patria para que recobren su serenidad; pero todo es en vano, porque el terror de que están poseidos les cierra los oidos y les ofusca el entendimiento y la razon.

Los Norte-Americanos, al advertir aquel desórden, tratan de aprovecharlo, contando ya con la victoria, y avanzan intrépidamente con la confianza de un próximo triunfo; pero la division del general Perez, que no participa del terror de sus compañeros, vé impasible acercarse al enemigo, y ejecutando un cámbio de frente sobre la derecha, con la precision y sangre fria que se observa en una parada, obliga al confiado invasor á retroceder en el acto.

Una batería de á 8, mandada por el capitán Ballarta, favoreció aquel diestro movimiento, obligando con sus fuegos á que los Norte-Americanos, que poco antes habian soñado con el triunfo, se retirasen destrozados y en completa confusion, dejando el campo regado de cadáveres.

Si la caballería hubiese llegado en aquel momento, la victoria hubiera sido completa, y el ejército de Taylor hubiera tenido que rendirse á discrecion; pero por desgracia estaba á distancia larga, y cuando llegó, los enemigos, favorecidos por el inaccesible terreno, se encontraban ya rehechos y dis-

puestos á disputar el paso. Sin embargo, la carga que dió, dirigida por el general Juvera, fué terrible. Infantes y ginetes, todos hacen abnegacion de su vida en aras de la patria. El valiente D. Angel Guzman, coronel del regimiento de Morelia, se hace notable por su heróico comportamiento, rechazando al enemigo hasta la hacienda de Buena Vista; y parte de la caballería, como si tratase de rivalizar con él en grandes hechos, sigue hasta tan lejos á los aterrados invasores, que para volver al campo, tuvieron que tomar por la retaguardia de las tropas de Taylor, y venir á salir por la izquierda de la posicion.

No habia sido menos tenaz la lucha por el cerro ganado la víspera.

Los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia, despues de haber combatido heróicamente, seguian el alcance de sus contrarios que, arrojados del cerro, habian hecho alto en un sitio de difícil acceso, defendido por una batería.

Don Juan, que con la espada desenhainada, iba delante de los soldados excitando

su ardimiento, trató de apoderarse de aquel punto á todo trance.

Para dar ejemplo avanza el primero á pecho descubierto.

Un soldado Norte-Americano, apoyando el rifle sobre una peña, le apunta á quemarropa, sale el tiro; y cuando el intrépido jóven va á arrojarse sobre la batería, cae á tierra pronunciando: "¡Viva México!"

Un grito de júbilo salió de las filas invasoras; otro de indignacion y de sentimiento se escuchó en la division mexicana.

Los Norte-Americanos trataron entonces de salir para apoderarse del jóven que habia caido: las tropas de Ampudia por su parte trataron de retirarle: este empeño de una y otra parte dió lugar á un vivísimo fuego, sostenido por ambos lados con ardor, quedando tendido D. Juan, con los brazos abiertos y el rostro oculto en unos matorrales, en el corto espacio que separaba á los combatientes.

Sin embargo, poco duró aquella lucha: la division mexicana, indignada de verse detenida por los que poco antes habia ven-

eido, hizo un esfuerzo, y logró desalojar al enemigo causándole considerables pérdidas.

Dueña así del cuerpo disputado, un oficial se agachó para ver dónde era la herida, le desabrochó la casaca que tenia el agujero de la bala en el pecho, pero no encontrando sangre ninguna en la camisa, empezó á registrarle, y su mano tropezó con un objeto duro que se hallaba en un bolsillo practicado en el peto.

El oficial sacó el objeto, y vió que era el retrato de una hermosa mujer, colocado en un grueso relicario de oro, en medio del cual habia quedado enterrada la bala.

Don Juan, pues, no estaba herido: habia caido privado de sentido á causa del fuerte golpe recibido en el pecho.

Al recobrar los sentidos, que fué obra de un momento, preguntó si estaba herido, y enseñándole el oficial el retrato en que se habia estrellado la bala, exclamó tomándolo en sus manos y besándole con cariño.

—¡Madre mia, madre mia! ¡dos veces me has dado la vida!

Luego, poniéndose en pié, guardando el retrato en el mismo sitio en que lo habia tenido, y tomando la espada que estaba en el suelo, exclamó:

—Acabemos de triunfar de nuestros enemigos.

Pero éstos, aunque derrotados por todas partes en la primer carga, se reorganizaron muy pronto, favorecidos por el terreno.

Las tropas mexicanas habian vencido en aquel primer encuentro; pero arrojados los Norte-Americanos de una loma, volvian á rehacerse en la siguiente, presentando en cada una de ellas un nuevo combate, que costaba abundante sangre á los asaltantes.

Santa-Anna, queriendo aprovechar el entusiasmo de la tropa, dispuso dar la segunda carga; forma al efecto una nueva línea de batalla, manda que se incorpore á las divisiones que se han batido, la columna de reserva, haciendo que la que hemos visto ocupando el camino, quedase por aquella maniobra formando la reserva de la nueva línea.

La tropa avanza con la misma intrepidez

y arrojo que la vez primera. La artillería, bajo las órdenes de general Micheltorena, hace estragos en las filas enemigas. Al estruendo del cañon y el ruido de la fusilería, sigue muy en brève el terrible choque de la bayoneta. Yankees y mexicanos se baten cuerpo á cuerpo. La sangre tiñe el campo, y los muertos obstruyen el paso. La victoria duda á qué lado inclinarse, pero al fin corona á las tropas mexicanas, y el invasor huye derrotado á otra loma, dejando por trofeo uno de sus cañones y tres banderas.

El ejército habia combatido sin haber probado alimento ninguno. Eran las once del dia, y el general en jefe conoció que era preciso dar al soldado algun respiro y fortalecerle.

Una ligera llovizna cayó en este momento de descanso en que la tropa procuró comer algo.

A las doce se emprendió de nuevo el ataque sobre las posiciones enemigas, tomando otra vez parte en él los zapadores y demas cuerpos que habian estado de reserva.

Taylor echó una mirada sobre el ejército